



Año 2, N° 25

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana



Domingo 21 de Marzo de 2004

La Lectura

Lucas 15:1-3, 11b-32

El domingo anterior San Lucas nos mostró en su Evangelio las dos caras de Dios y de su relación con nosotros: la ira y la misericordia, la Ley y el Evangelio. Seguimos transitando la Cuaresma, este tiempo especial que Dios nos concede para que nos volvamos a Él arrepentidos en busca de ayuda. Y en este Cuarto Domingo en Cuaresma, Dios, a través de su Palabra revelada en la Biblia, nos invita, una vez más, a que reconozcamos nuestro pecado, nuestras faltas, todas aquellas cosas que nos alejan de Dios y de nuestros hermanos/as, aquellas cosas que hacemos a propósito, y aquellas que nos salen “sin querer” y que, en ese estado de arrepentimiento, acudamos a Él a pedir perdón y ayuda para cambiar la dirección de nuestras vidas (*metanoia*, conversión).

El texto de hoy se lo ha conocido tradicionalmente como la “parábola del hijo pródigo”, en realidad un título mucho más adecuado es “parábola del padre misericordioso”, pues justamente de eso es que nos habla la parábola. Jesús en esta parábola nos quiere mostrar cuál es la condición en la que nos encontramos nosotros, cuál es la actitud que tomamos muchas veces los que nos creemos “buenos” por ser cristianos y cuál es la actitud de Dios, nuestro Padre celestial.

El hijo menor pide a su padre que le dé la parte de la herencia que le correspondía y dado que era una parte menor (ya que el hermano mayor era el que recibía la mayor parte de la herencia como forma de que las tierras familiares no se perdieran, dividiéndose en pequeñas parcelas) se fue con lo recibido a malgastarlo. La vida más tarde le mostró que se había equivocado, que había seguido el camino que lo llevaba a la perdición. Y este hijo menor rebelde reconoció sus grandes faltas y decidió ir a implorar un perdón que no merecía y unas migajas de lo que podría haber disfrutado si no se hubiera ido. Este es el primer paso importante: hubo un profundo reconocimiento del mal que se hizo y de que no se merece ningún perdón. Pero el padre al verlo a lo lejos se conmovió y fue a buscarlo. Lo recibió, se alegró de que su hijo hubiera vuelto sano y salvo, y aceptando su arrepentimiento, lo recibió nuevamente como hijo digno.

Así actúa Dios. El hijo mayor, que se creía bueno, no puede comprender la

actitud del padre. Rechaza al hermano y también a su padre; y no se da cuenta de que en realidad él está en la misma situación que estaba su hermano menor. Está haciendo su voluntad. No se quedó porque era bueno, sino porque así lo decidió. No era el amor lo que lo había movido a quedarse, sino la conveniencia.

¿A nosotros qué nos mueve? ¿La obligación o el amor? ¿Podemos comprender que nuestro Padre nos ama y que está esperando ansioso a que volvamos a su regazo? ¿Somos capaces de pedir perdón y aceptarlo de parte de Dios? ¿Somos capaces de perdonar a quienes se arrepientan de las faltas que hayan cometido contra nosotros? ¿Somos capaces de seguir amando?

Este tiempo de Cuaresma es una expresión de la paciencia y el amor de Dios. Él está en el camino, mirando si a lo lejos nos acercamos nosotros... está esperando ansioso para ir a buscarnos. Reconozcamos nuestro pecado contra Dios y contra nuestros prójimos y corramos al encuentro de nuestro Padre que nos espera.

La Actividad

¿Hijos pródigos?

Objetivo

Reconocer en la persona del padre de la historia bíblica, que Dios perdona y que su perdón provoca alegría. Y vivenciar el perdón por medio de palabras, gestos y actitudes.

Materiales

Hojas blancas y lápices de colores.

Acción

Les contamos la historia bíblica del hijo pródigo, y discutimos sobre el tema central del relato. Esta historia es bastante conocida, tanto para grandes como para chicos. Y refleja muy bien una situación de la vida cotidiana que puede ser reflejo de nuestra relación con nuestro Padre celestial. Algunas preguntas inductoras a la charla grupal:

- ¿Cómo describirías al padre de la historia?
- Así como el hijo perdido, no merecemos ser llamados hijos de nuestro Padre, ¿por qué?
- ¿Qué hizo el Padre por nosotros, para que podamos ser llamados sus hijos?

También, podemos charlar sobre la relación con sus propios padres y cómo mantenemos esa relación.

Con los más pequeños podemos dibujar el momento que más les gustó de esta historia y destacar las bondades de nuestro Padre.

Como reflexión final, podemos hablar de cómo nos sentimos cuando hemos hecho algo malo y recibimos perdón, y también si nosotros “sabemos” perdonar a nuestros prójimos. Podemos terminar con una gran ronda, orar de las manos y/o saludarnos con un abrazo.

Tenemos presente que...

La Misa: ¿qué significa todo eso que hacemos los domingos? [continuación]

Finalmente, luego de los distintos pasos preparatorios, recibimos el *Sacramento de la Eucaristía*, el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de nuestro Señor Jesucristo que murió en la cruz por nuestros pecados.

La Distribución

Cada comulgante recibe tanto el pan como el vino, pero el método de distribución puede variar. Siempre, sin embargo, muestra reverencia.

En algunas iglesias, los comulgantes se arrodillan ante la reja del altar. En otras iglesias, avanzan caminando hacia el altar en una línea continua. En servicios más chicos, los comulgantes pueden pararse formando un círculo o sentarse juntos a la mesa.

Algunas iglesias distribuyen el vino de un cáliz común; otras usan cálices individuales; y algunas usan ambos. Algunos comulgantes reciben el pan en sus manos y lo colocan en sus propias bocas; otros prefieren que el pastor lo coloque directamente sobre sus lenguas. En algunas circunstancias (como cuando se lleva la comunión a los enfermos) el pan puede ser sumergido en el vino y luego comido (a este método se lo llama intincción). Incluso el tipo de pan y vino pueden variar.

Cualquiera sea el método, estamos confesando en la Santa Comunión: “Acá está el Señor a quien adoramos. Agradecidamente aceptamos su maravilloso regalo”.

Durante la distribución, cada persona escucha una invitación y un recordatorio de lo que se recibe. El pastor y quien lo asiste dice: *“Toma y come; esto es el santo y verdadero cuerpo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, dado a la muerte por ti. Toma y bebe; esto es la santa y verdadera sangre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, derramada para el perdón de tus pecados”*.

Estas palabras “por ti” y “para el perdón de tus pecados” enfatizan que el sacramento es para cada uno individualmente. Nadie puede comer y beber por otro. La fe que recibe el regalo, es una sola fe, la confortación y la fortaleza son bendiciones para cada persona. Sin embargo hay algo más. Si bien recibimos los dones de Dios individualmente, los recibimos en unión con nuestros hermanos. En

esta comida, Dios nos reúne.

Durante la distribución, la mayoría de las iglesias cantan himnos como una forma de que los fieles adoren a Dios y para exhortarse mutuamente en la fe. Alabamos a Dios y celebramos la gran victoria del Cordero.

Nuestras expresiones de gratitud continúan después de la distribución a través de un cántico y una oración.

Cántico post-comunión (Nunc Dimittis)

El cántico tradicional sugerido “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz”, que puede ser cantado durante todo el año litúrgico, está basado en las palabras del anciano Simeón (Lc. 2.29-32) pronunciadas al ver a Jesús en el Templo y concluye con una doxología trinitaria:

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu Palabra,

porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos:

Luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

¡Qué palabras justas para quienes acaban de comulgar! Ante nuestros ojos, bajo, con y en el pan y el vino, hemos visto a Cristo. Hemos recibido al Mesías. Hemos sido alimentados con la comida celestial. Podemos ir en paz. Las promesas de Dios son ciertas.

[Continuaremos con las demás partes de la Misa en los próximos números]

